

LA MISIÓN, TAREA DE TODOS Y PARA TODOS

Marco Laguatasi

Misionero ecuatoriano en Guatemala

INTRODUCCIÓN

Estamos viviendo un tiempo de gracia en el continente Americano y no se diga, también en nuestra querida Guatemala, “Guatemala tú vida es misión” han aseverado nuestros Pastores.

Me nace una primera pregunta: ¿será que estamos conscientes de la misionariedad de nuestra Iglesia? Y luego otra pregunta más: ¿Estaremos claros en que ésta, es tarea de todos nosotros, hombres y mujeres, niños y jóvenes, grupos y movimientos, religiosos y religiosas, Obispos y presbíteros?; en fin de TODOS quienes pertenecemos a esta Iglesia UNIVERSAL, de todos a quienes en nuestro pecho late este corazón planetario; ¿será que podemos repetir como el gran misionero Ad Gentes Pablo de Tarso “¡Ay de mi si no evangelizo!”?

Entonces urge el llamado a revivir el misionero que todo bautizado lleva dentro; a dinamizar con generosidad la respuesta a Jesús que nos llama a “cruzar a la otra orilla”; a anunciar el Reino a todo el mundo y con pasión paulina “hacerse todo para con todos” con tal de ganarlo para Cristo. Sólo este movimiento de apertura devuelve a la Iglesia su vitalidad y su capacidad para contagiar al Dios de la Vida.

“Un hombre pudo subir al cielo. A la vuelta contó. Dijo que había contemplado, desde allá arriba, la vida humana. Y dijo que somos un mar de fueguitos.

El mundo es eso – reveló - . Un montón de gente, un mar de fueguitos. Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y gente del fuego loco, que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman; pero otros arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca, se enciende” (Eduardo Galeano en “El libro de los abrazos”).

“Se trata de ser ese gran fuego que contagia y quema, de salir de nuestra conciencia aislada y de lanzarnos, con valentía y confianza, a la misión de toda la Iglesia”. Es la invitación que nos hace el “espíritu de Aparecida” (DA 364). Hay muchos que están dispuestos a salir. Lo vimos en el lanzamiento de la Misión Continental en el Cam3, en Quito-Ecuador: jóvenes, presbíteros, religiosas y religiosos, familias... decíamos: **SÍ** a la Misión. No podemos desestimar esta hermosa vocación. Con audacia me atrevo a decir: la Iglesia en Guatemala ha recibido mucho pero ha dado poco. La hora misionera es una hora providencial de muchos que emprendemos la aventura de salir “más allá de nuestras fronteras”.

El “dueño de casa” repite con más fuerza su invitación: “Vayan ustedes también a mi viña”. La voz del Señor resuena ciertamente en lo más íntimo del ser mismo de cada cristiano que, mediante la fe y los sacramentos de la iniciación cristiana, ha sido **configurado con Cristo**, ha sido injertado como **miembro vivo en la Iglesia** y es **sujeto activo** de su misión de salvación.

LA MISIÓN, TAREA DE TODOS.

“Un hombre santo se dirigía en peregrinación a un santuario. El viaje era difícil, y mientras atravesaba el bosque se perdió. Durante varios días intentó encontrar un camino que le sacara del bosque. Recorrió todos los senderos y caminó en todas las direcciones, pero fue todo en vano. Es como si cada vez se metiera más adentro de la oscuridad del bosque.

Al fin tropezó con un grupo de trabajadores. También ellos andaban perdidos y buscaban el camino debido. Al ver al hombre santo se regocijaron. “Gracias a Dios!”, se dijeron. “Este hombre santo nos salvará. Él nos mostrará el camino para salir del bosque”. Comenzaron a suplicarle: “hombre de Dios, enséñanos el camino”, le instaban. “Estamos perdidos. Ayúdanos o pereceremos todos”.

“No puedo decirles qué sendero deben tomar, porque también yo lo ando buscando”, respondió el hombre santo. “Sólo puedo señalar las sendas que parecen adentrarse más en el bosque. Miren, exploremos juntos, ya que todos buscamos el mismo camino. Todos buscamos el camino que nos conduzca a la libertad y la salvación”. (Una historia india)

Desde hace algún tiempo se nos repite “todos somos misioneros” pero ese “todos” se disuelve, se pierde en el tiempo y en el espacio, no reconocemos y no nos damos cuenta de este carácter misionero de cada uno de nosotros, esta responsabilidad para con el anuncio de la Buena Nueva; luchamos para mantener nuestro metro cuadrado de nuestra función, de nuestro grupo, de nuestro movimiento o carisma; pero la Iglesia es mucho más grande que esto. Juntos debemos armar el hombro y buscar el camino y vivir nuestra esencia misionera.

Miremos y escuchemos lo que nos dice Aparecida y otras consideraciones al respecto de esta tarea y responsabilidad:

a. Agentes pastorales y evangelizadores

La realización de la misión "requerirá la decidida colaboración de las Conferencias Episcopales y de cada diócesis en particular”.

El Obispo es el primer responsable de la misión en cada Iglesia particular y es quien debe convocar a todas las fuerzas vivas de la comunidad para este gran empeño misionero: "sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que se prodigan, muchas veces con inmensas dificultades, para la difusión de la verdad evangélica”.

Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe.

Para los Ministros Ordenados es un gran momento de gracia que les pide renovar la comunión de los Presbíteros y Diáconos con el Obispo y de ellos entre sí. Así como el entusiasmo y la entrega al servicio del evangelio. Ellos son los portadores primeros de todo este impulso misionero y habría que sensibilizarlos especialmente en el espíritu y conversión pastoral de Aparecida.

La renovación de la parroquia exige actitudes nuevas en los párrocos y en los sacerdotes que están al servicio de ella. La primera exigencia es que el párroco sea un auténtico discípulo de Jesucristo, porque sólo un sacerdote enamorado del Señor puede renovar una parroquia. Pero, al mismo tiempo, debe ser un ardoroso misionero que vive el constante anhelo de buscar a los alejados y no se contenta con la simple administración (DA 201).

b. El papel privilegiado de los laicos

Cualquier esfuerzo misionero exige, de manera particular, la participación activa y comprometida de los fieles laicos en todas las etapas del proceso.

Hoy, toda la Iglesia en América Latina y El Caribe está en estado de misión. La evangelización del Continente, nos decía el papa Juan Pablo II, no puede realizarse hoy sin la colaboración de los fieles laicos. Ellos han de ser parte activa y creativa en la elaboración y ejecución de proyectos pastorales a favor de la comunidad. Esto exige, de parte de los pastores, una mayor apertura de mentalidad para que entiendan y acojan el “ser” y el “hacer” del laico en la Iglesia, quien, por su bautismo y su confirmación, es discípulo y misionero de Jesucristo. En otras palabras, es necesario que el laico sea tenido muy en cuenta con un espíritu de comunión y participación.

La Misión debe tener especial penetración en los sectores culturales, políticos y de dirigentes sociales y económicos que identifican a nuestra sociedad globalizada. Para que esto sea posible, debemos reafirmar vigorosamente la misión peculiar y específica del laico en el mundo secular, evitando la tentación de motivar a los laicos más comprometidos con su fe, tan sólo a involucrarse en los servicios que necesita la comunidad eclesial para formarse, sostenerse y crecer.

En el contexto de la reflexión de la Iglesia Latinoamericana, especialmente en las Conferencias Generales realizadas, después del Concilio Vaticano II, se visualiza claramente, como un signo de los tiempos, el gran número de laicos que han asumido concientes, responsables y participativamente su misión propia en la Iglesia, ya sea en el ejercicio de ministerios, funciones y actividades en sus respectivas comunidades; como así mismo se percibe una clara conciencia de su misión propia en el mundo y de su papel en la misión universal de la Iglesia.

Este sentido evangelizador de los laicos en el dinamismo protagónico de la vida de las Iglesias particulares de nuestro Continente, es un signo del Espíritu, a pesar de que muchas veces no sean acompañados adecuadamente por los pastores “en el descubrimiento y maduración de su propia vocación” (Santo Domingo, n. 96) y de una “cierta mentalidad clerical en numerosos agentes de pastoral” (Santo Domingo, n. 96). Sin embargo ellos son “los protagonistas de la Nueva Evangelización, la Promoción Humana y la Cultura Cristiana” (Santo Domingo, n. 97) y del florecimiento de una “nueva primavera misionera” en el caminar de la Iglesia latinoamericana.

Es una llamada al rejuvenecimiento y al despertar de la conciencia misionera de un pueblo en cuyo corazón se concentra más del 50% de los discípulos de Jesucristo del mundo. Un pueblo en cuya memoria histórica mantiene vivo el testimonio de tantos laicos, hombres, mujeres, niños y familias, que han protagonizado una caminata de fe en nuestro Continente y más allá de sus propias fronteras.

Esta participación activa de los laicos, como servidores de la Iglesia en el mundo, colaboradores concientes y responsables con sus pastores en la misión evangelizadora, tiene su espacio vital en la Iglesia local, inserta en su propio mundo cultural y social. Allí la única Iglesia de Cristo cobra rostro visible y concreto en la comunidad de discípulos misioneros que viven, testimonian, celebran y anuncian su fe, con clara conciencia “ad gentes” e “inter gentes” para hacer del Evangelio una Buena Noticia inculturada. Sólo así la misionariedad de la vocación laical en la Iglesia será una creativa y eficaz fuerza que llene la tierra con el Evangelio de Cristo, “con espíritu de cercanía afectuosa, escucha, humildad, solidaridad, compasión y diálogo” (DA, 363).

6. La misión inestimable de la Vida Consagrada

Uno de los grandes regalos del Espíritu a la Iglesia, ha sido la Vida Consagrada. Su historia es una historia misionera. Una pléyade de hombres y mujeres han hecho camino en medio de la historia humana, llegando a los más recónditos lugares del mundo, con el único propósito de testimoniar y compartir la alegría de la fe en el Dios de la Vida.

En esta diversidad reconciliada, la Vida Consagrada despliega su más eficaz acción evangelizadora: su misma vida, su testimonio, su confraternidad, su pobreza, su despropio, su

libertad para amar, su docilidad y apertura. El mayor aporte a la Misión Continental en Guatemala no es primeramente el poder de sus estructuras institucionales y la eficacia de su trabajo, sino la frescura de su carisma fundacional, la atracción de su Espiritualidad, la belleza de su presencia viva y encarnada en la historia humana y la audacia de sus opciones fronterizas. En Palabras del Papa Benedicto XVI, “los consagrados y consagradas tienen hoy la tarea de ser testigos de la presencia de Dios que transfigura un mundo cada vez más desorientado y confuso”.

Los consagrados y consagradas llevan consigo una pasión misionera incontenible; son caminantes incansables del Reino; no conocen fronteras y siempre se encuentran a la intemperie del mundo y de la historia humana. Hoy, como ningún tiempo, la Iglesia necesita su osadía, disponibilidad e itinerancia. Hoy sigue habiendo lugares de frontera donde abundan los ilegales, los sin papeles, refugiados e inmigrantes ilegales, los presos, con los que nadie quiere complicarse la vida, allí donde está todo por hacer. Allí están las nuevas fronteras. Esas son las tierras sagradas de los pobres que los consagrados y consagradas están invitados a pisar; lugar donde Dios se manifiesta.

Para los miembros de los Institutos de Vida Consagrada, varones y mujeres que están llamados a dar un testimonio convincente de la alegría de ser pertenencia de Dios como discípulos y misioneros de Cristo, y de prodigarse generosamente al servicio de sus hijos, especialmente de los más marginados, y de manifestar en la Iglesia la multiplicidad de los dones del Espíritu Santo, su participación en la Misión Continental, como grandes colaboradores de los Pastores, contribuirá fuertemente al despertar misionero de nuestra patria acogedora Guatemala.

LA MISIÓN TAREA PARA TODOS

Interlocutores y destinatarios

Los destinatarios (o “interlocutores”) de la misión somos todos, comenzando por los discípulos misioneros que animan el proceso evangelizador, pero especialmente debe dirigirse a los pobres, a los que sufren y a los alejados, e impulsar a los constructores de la sociedad a su misión cristiana de transformarla.

Llegar hasta los más alejados debe ser siempre uno de los objetivos de la dimensión misionera de la Iglesia, utilizando los medios adecuados a cada situación.

No podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos, sino urge acudir en todas las direcciones para proclamar que el mal y la muerte no tienen la última palabra, que el amor es más fuerte, que hemos sido liberados y salvados por la victoria pascual del Señor de la historia, que Él nos convoca en Iglesia, y que quiere multiplicar el número de sus discípulos y misioneros en la construcción de su Reino en América Latina. Somos testigos y misioneros: en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de nuestra América, en todos los ambientes de la convivencia social, en los más diversos “areópagos” de la vida pública de las naciones, en las situaciones extremas de la existencia, asumiendo ad gentes nuestra solicitud por la misión universal de la Iglesia.

Es un tiempo de gracia para los bautizados que peregrinamos en este continente y un despertar a la misionariedad, pues toda la Iglesia es misionera y, como decía Pablo VI, existe para evangelizar (cf. EN 18).

Monseñor Helder Cámara expresó el sentido de la Misión con unas palabras hermosas y elocuentes:

“Misión es partir, caminar, dejarlo todo, salir de sí mismo, quebrar la costra del egoísmo que nos encierra en nuestro Yo. Es parar de dar vueltas alrededor de nosotros mismos como si fuéramos el centro del mundo y de la vida.

Es no dejarse enredar en los problemas del pequeño mundo al que pertenecemos: la humanidad es mayor. Misión es siempre partir, pero no devorar kilómetros. Y sobre todo es abrirse a los otros como hermanos, descubrirlos y encontrarse con ellos. Si para encontrarlos y amarlos es necesario atravesar los mares y volar a lo más alto de los cielos, entonces la misión es partir hasta los confines del mundo”.

La Misión está en el centro de la vida de la Iglesia, comunidad de los discípulos misioneros de Jesús. Jesús, el misionero del Padre, “al llamar a los suyos para que lo sigan, les da un encargo muy preciso: anunciar el evangelio del Reino a todas las naciones (Cf. Mt. 28,19; Lc. 24, 46-48). Este Reino es de vida para todos –también los pueblos de otras culturas y continentes– de manera preferencial para los más pobres. Jesús hace a sus discípulos partícipes de su misión, al mismo tiempo que lo vincula a Él como amigo y hermano; cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana” (DA, 144). Los bautizados estamos llamados a la evangelización “que incluye la opción preferencial por los pobres, la promoción humana integral y la auténtica liberación cristiana” (DA, 146).

Los Obispos en Aparecida al asumir el compromiso de una gran misión en todo el Continente (cf DA 362), afirmaron: “Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis... y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe” (DA 365).

Con lo que están exigiendo la conversión pastoral, que consiste en que “nuestras comunidades pasen de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera” (DA 370).

La Misión que nos propone Aparecida no es una acción transitoria, proselitista o triunfalista, sino “poner a la Iglesia en estado permanente de misión” (DA 570 y 195). Será fructífera en la medida en que sea llevada a cabo por una Iglesia unida, en comunión y corresponsabilidad con todos los discípulos misioneros. Los laicos y laicas deben, por eso, participar del discernimiento, la toma de decisiones, la planificación y la ejecución de proyectos pastorales. Ellos que viviendo en medio de las preocupaciones de la vida y de la problemática social, son los más aptos para encarnar el Evangelio en las estructuras o si es necesario crear nuevas o transformar las ya existentes (Cf. DA 371). Todos y todas estamos llamados a vivir un Nuevo Pentecostés y, con nueva audacia, alegría y entusiasmo, colaborar para que nazca una nueva primavera misionera en el continente y el mundo.

CONCLUSIÓN

“Una muñeca de sal recorrió miles de kilómetros de tierra firme hasta que, por fin, llegó al mar. Quedó fascinada por aquella móvil y extraña masa, totalmente distinta de cuanto había visto hasta entonces.

“¿Quién eres tú?”, le preguntó al mar la muñeca de sal. Con una sonrisa, el mar le respondió: “Entra y compruébalo tú misma”.

Y la muñeca se metió en el mar. Pero, a medida que se adentraba en él, iba disolviéndose, hasta que apenas quedó nada de ella. Antes de que se disolviera el último pedazo, la muñeca exclamó asombrada: “Ahora ya sé quién soy”. (Anthony de Mello)

Guatemala : quién eres?Cuál es tu nombre? Eres Misión. Tu nombre es Misión. “Iglesia: tu nombre es Misión, exclama conmovido Juan Pablo II. Tu identidad cristiana, asumida con seriedad, con radicalidad, te va sumergiendo cada vez más en el mar inmenso de la misión.

La Misión hoy asume actitudes, comportamientos nuevos. Nosotros llevamos esto en el alma: la simplicidad, la pequeñez, la espontaneidad, la apertura, la libertad, la pobreza, el martirio. Hay esta apertura en lo pequeño, en lo sencillo y se va tomando conciencia de ello; hay una vuelta a las cosas esenciales. Es la alegría de volver a encontrar lo esencial y de vivir lo esencial, en una Iglesia que es personal y conscientemente querida.

“Hemos sido llamados a la existencia. Y ésta es nuestra primera y radical vocación: a nacer, a realizarnos en plenitud, a vivir en integridad el alma que nos dieron, a continuar en nosotros mismos la obra de la creación, a hacer valer todos los talentos que hemos recibido de Dios para llegar a ser lo que debemos ser. Hemos sido llamados, después, al gozo, al amor y a la fraternidad, otras tres vocaciones universales. Y hemos sido finalmente llamados a realizar en este mundo una tarea muy concreta, cada uno la suya, continuando en cuanto nos rodea la obra de la creación. Todas las tareas son igualmente importantes, pero para cada persona sólo hay una – la suya – verdaderamente importante y necesaria. Ninguna búsqueda es más importante que ésta y ninguna fidelidad más decisiva” (José Luis Martín Descalzo”).

Amar a alguien es decirle: **¡Tú no morirás!** Y Guatemala se levanta y dice: porque amamos a la Iglesia, porque amamos a Jesucristo, porque amamos nuestra identidad, porque asumimos nuestra vocación: **Guatemala: ¡No morirás!; Guatemala ¡Tu vida es misión!**

BIBLIOGRAFÍA

- a. Aparecida, Documento conclusivo – CELAM**
- b. Santo Domingo, IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe**
- c. La Biblia de nuestro pueblo, Luís Antonio Schökel, Editorial San pablo**
- d. II ENAJOMIS – Encuentro Americano de Jóvenes Misioneros, P. Jesús Osorno – Cuenca Ecuador 2003**
- e. La vida, José Luis Martín Descalzo**
- f. La vida Consagrada en la Misión Continental, Fr. Luis Alberto Nahuelanca Muñoz, OFM – Misionólogo franciscano – Secretario Nacional PUM – OMP Chile**
- g. Laicos para la misión, Fr. Luis Alberto Nahuelanca Muñoz, OFM – Misionólogo franciscano - Secretario Nacional PUM – OMP Chile**